

Nicodemo

Juan 3:1-21

John Nelson DARBY

biblicom.org

Índice

0 - Introducción	3
1 - La diferencia con respecto a los que creyeron por los milagros . . .	3
2 - Los efectos de sentir una necesidad	3
3 - Tan pronto como se siente la necesidad, surge el temor al mundo .	4
4 - Para recibir la revelación del reino de Dios, se necesitaba una nueva naturaleza. El reino estaba ahí debido a la presencia del Rey, cuya repulsa introducía una herencia celestial	4
5 - Dos partes del capítulo: 1. El reino que tiene un carácter moral, las cosas terrenales. 2. El cielo, la vida eterna. Esto implica la cruz, y entonces viene el Hijo del hombre, el amor de Dios, y planes amplios y celestiales. Como la gracia actúa, sin limitarse a los judíos .	5
6 - Para hablar de gloria celestial y reino según la promesa, había que empezar hablando de nuevo nacimiento y de la cruz para lo que es celestial	6
7 - El razonamiento de Nicodemo no sobrepasaba los límites del hombre natural	7
8 - La preparación para el reino por el agua y el Espíritu. El agua, o sea la Palabra, aplicada por el Espíritu, trae los pensamientos de Dios y purifica prácticamente lo que existe, los pensamientos y los corazones. Lo que nace del Espíritu y es espíritu es la nueva naturaleza, la nueva vida	7
9 - Se entra en el reino teniendo lo que conviene a Dios, la naturaleza divina	8
10 - La nueva naturaleza está comunicada por el Espíritu, es una obra de Dios en cualquiera	9

11 - Solo el Hijo del hombre descendido del cielo podía hablar de cosas celestiales 9

12 - Cristo es el centro de toda la gloria del cielo. Descendido a la tierra, sigue siendo el Hijo del hombre que está en el cielo (3:13) 9

0 - Introducción

Nota del editor de Truth and Testimony: En este excelente artículo, J.N. Darby arroja mucha luz sobre las preciosas palabras que el Señor dirigió a Nicodemo durante ese encuentro. Como sabemos por [Juan 7](#) y [19](#), no dejaron de surtir efecto. El maestro de Israel se transformó en discípulo del Cristo crucificado.

1 - La diferencia con respecto a los que creyeron por los milagros

Nicodemo acude a Jesús declarando el mismo principio que había convencido a aquellos en quienes Jesús no confiaba: los milagros eran para él la demostración de que Jesús era un maestro enviado por Dios. Creo incluso que los demás habían ido más lejos que Nicodemo, pues se dice de ellos que creyeron en Su nombre (2:23). En cuanto a Nicodemo, estaba convencido de que la enseñanza de Cristo debía tener a Dios como su fuente, y por lo tanto estaba dispuesto a escuchar. La fe de los primeros no producía ninguna necesidad en su alma; en tal caso, la convicción puede llegar tan lejos como uno quiera, sin que el alma se perturbe ni se produzca ningún efecto: no cuesta nada, como se ve a menudo.

2 - Los efectos de sentir una necesidad

Pero en el caso de Nicodemo había algo más, y era una prueba de la acción de Dios; había en él una necesidad. El Espíritu Santo de Dios actúa siempre así, incluso en el cristiano. Ese sentimiento de necesidad que Él suscita produce una actividad en el alma; eso es lo que le había sucedido a Nicodemo. Además, cuando el Espíritu de Dios actúa en un alma, la Palabra de Dios afirma su autoridad sobre ella y crea el deseo de escuchar esa Palabra; esto nunca falta. Hay tantos deseos insatisfechos en el alma que, cuando se despierta, surge en ella la necesidad de conocer lo que Dios ha dicho. El alma es consciente de que tiene que tratar con él, y la necesidad de saber lo

que él ha dicho se convierte en el resorte de su actividad y la caracteriza. No se trata de la recepción de un sistema de doctrina o de dogmas sobre una persona divina; es el alma la que tiene hambre y sed de lo que Dios ha dicho; ignorando todo excepto su necesidad, desea recibir. Es bueno para el alma poner su confianza en la Palabra de Dios, en la fuente de la verdad (esto ya es una fe implícita), sin que la verdad se comuniqué aún en los hechos; porque entonces escucha con confianza. Nicodemo estaba en este estado; la mujer samaritana también, pero en su caso el sentido moral estaba más en cuestión; lo mismo ocurre con los 12: cuando varios de sus discípulos abandonaron a Jesús, no quisieron dejarlo, porque él tenía las palabras de la vida eterna. Cuando Dios actúa, el vínculo entre Dios y la conciencia y el alma no se rompe; no hablo de unión, sino de una obra moral en el corazón.

3 - Tan pronto como se siente la necesidad, surge el temor al mundo

Pero fíjense, tan pronto como la necesidad se produce en el corazón de Nicodemo, instintivamente siente que el mundo y las autoridades religiosas –la peor parte del mundo– estarán en su contra. Hay temor; Nicodemo viene a Jesús de noche. ¡Pobre naturaleza humana! Si un alma se pone en relación con Dios, reconociendo su Palabra, el mundo no quiere soportarlo. Lo sabemos. Pero la fe de Nicodemo no va más allá de reconocer la autoridad de la Palabra del Salvador como una Palabra que viene de Dios, la gracia habiendo producido en su corazón la necesidad de estas comunicaciones de parte de Dios.

4 - Para recibir la revelación del reino de Dios, se necesitaba una nueva naturaleza. El reino estaba ahí debido a la presencia del Rey, cuya repulsa introducía una herencia celestial

Es algo grande tener una necesidad real, por débil que sea moralmente; porque aquí, en el caso de Nicodemo, apenas había necesidad en la conciencia, y ningún conocimiento de sí mismo. Se aferraba a las esperanzas religiosas, a las doctrinas y a una

revelación dada por Dios; buscaba ser instruido por Jesús, pero compartía la convicción general de que los milagros de Jesús producían una convicción reforzada por la rectitud y por la necesidad personal; Jesús era un maestro enviado por Dios. **Pero Jesús detiene a Nicodemo en seco;** la resurrección y el reino aún no habían llegado, pero para recibir la revelación que se había hecho de ellos, se necesitaba una operación divina, una nueva naturaleza; era necesario participar en una vida completamente nueva. El reino no venía de una manera que llamara la atención, pero el Rey, con toda la perfección que le pertenecía, estaba presente, y por lo tanto el reino mismo, presentado en su persona. Pero este reino –no siendo revelado con poder, y el rechazo del Rey causado por la perfección misma de su persona, así como la obra hecha por su rechazo– este reino, por lo tanto, introducía una herencia celestial. Además, esta obra y este rechazo llevaban a aquellos que debían ser identificados con un Cristo rechazado a los atrios de arriba, donde Dios desplegaba su gloria, y esta era mucho más elevada que la gloria del Mesías, si se hubiera cumplido en ese momento. Ya era el amanecer de la realización de los designios de Dios, que aún no se habían revelado.

5 - Dos partes del capítulo: 1. El reino que tiene un carácter moral, las cosas terrenales. 2. El cielo, la vida eterna. Esto implica la cruz, y entonces viene el Hijo del hombre, el amor de Dios, y planes amplios y celestiales. Como la gracia actúa, sin limitarse a los judíos

En la primera mitad del capítulo que nos ocupa nos están presentadas 2 cosas: *en primer lugar*, el reino y lo que es necesario para tener parte en él, y, en cierta medida, las cosas terrenales y lo que es necesario para disfrutarlas con Dios, pero también el reino, tal como se presentaba entonces en su carácter moral; y, *en segundo lugar*, el cielo, la vida eterna, lo que es esencial para nuestra relación muy real y muy íntima con Dios, es decir, la posesión de la vida eterna junto a él, en contraste con la idea de perecer. Aquí no se trata del reino, se trata de la vida eterna, tal como Jesús, venido del cielo, pudo revelárnosla. Pero esto supone la cruz: no se trata del Mesías, sino del Hijo del hombre, y del amor que Dios ha tenido por el mundo, no de Sus intenciones

con respecto al reino, y de las promesas relacionadas con este reino, sino de planes mucho más amplios y elevados, de carácter celestial, en los que Dios revela lo que él es, y Jesús, rechazado como Mesías, muere y entra en la gloria como el Hijo del hombre que ha sufrido.

No hay duda de que este nuevo nacimiento es necesario, de todos modos, subjetivamente, incluso para que podamos ver el reino y disfrutarlo, y aún más para que podamos disfrutar de las cosas celestiales en la presencia de Dios. Pero como el pasaje habla del nuevo nacimiento, no trata de la gloria celestial; para eso, también hay que introducir la cruz. Sin embargo, es bueno señalar que todo este pasaje, en sus 2 partes, supone un nuevo orden de cosas, en el que la gracia actuaba, sin limitarse a los judíos. Se introducía algo completamente nuevo; el reino no se establecía en gloria, sino que se fundaba y se recibía en la persona del Rey, exigiendo una nueva naturaleza para verlo, y extendiéndose a todos aquellos a los que la gracia podía alcanzar. Moral y subjetivamente, eso era lo nuevo; solo que en la primera parte no tenemos ni las cosas celestiales ni la vida eterna; en la segunda, no tenemos el reino.

6 - Para hablar de gloria celestial y reino según la promesa, había que empezar hablando de nuevo nacimiento y de la cruz para lo que es celestial

Lo primero que hace el Señor para cortar de raíz con Nicodemo –que solo hablaba de ser instruido en el estado en el que se encontraba, él, hijo del reino según la carne– es decirle que no se trataba de eso, sino que debía nacer de nuevo por completo. Examinaremos los detalles en un momento; sin embargo, es importante ante todo comprender que el Señor habla de los 2 caracteres de bendición, es decir, de la gloria celestial y del reino según la promesa, pero que habla de ellos según los aspectos que presentaban en ese momento. Se puede decir que los presenta en relación con su persona en su carácter espiritual; por un lado, el Rey despreciado, y lo que era celestial se encuentra con la cruz en su persona; y, por otro lado, el nuevo nacimiento y el poder vivificante, el Hijo del hombre, el amor de Dios, y, por lo tanto, lo que concernía al mundo y al hombre, y no solo a las dispensaciones y a los judíos. De hecho, si Dios es fiel a sus promesas, no puede, cuando se revela, limitarse a los judíos.

7 - El razonamiento de Nicodemo no sobrepasaba los límites del hombre natural

En primer lugar, el reino se revelaba de una manera que no llamaba la atención, ni por una potencia que reinara sobre el mundo, ni por su gloria exterior; se necesitaba una nueva naturaleza para percibirlo. El Rey estaba allí, y daba pruebas de una misión divina y de la presencia de Aquel que había de venir, pero en humillación; para el ojo natural, era el hijo del carpintero. Nicodemo tenía razón al decir en el versículo 2: «Sabemos... porque nadie puede hacer los milagros que tú haces, a menos que Dios esté con él»; pero Dios tenía algo que decir: «A menos que el hombre nazca de nuevo» (v. 3) –nacer completamente de nuevo. Esta vida es un nuevo comienzo de vida, de una nueva fuente y de una nueva naturaleza, una vida que viene de Dios. Pero Nicodemo todavía permanecía en los límites y las fronteras de la carne, del hombre natural. Son las limitaciones de lo que es el hombre, de su inteligencia. El hombre no puede ser más de lo que es; no puede superar su naturaleza. Pero la clase de los incrédulos que se jacta de haber hecho este inmenso descubrimiento muestra, por un lado, el límite del entendimiento humano, de modo que no puede discernir nada más allá de lo que es el hombre; y, por otro lado, la ausencia de un razonamiento sólido en sí mismos; porque, según lo que han descubierto, no hay pruebas de que un ser más poderoso no pueda introducir algo nuevo. Su conclusión es absolutamente débil. Volvamos a nuestro capítulo y tratemos de escuchar y comprender las palabras del Salvador mejor que Nicodemo.

8 - La preparación para el reino por el agua y el Espíritu. El agua, o sea la Palabra, aplicada por el Espíritu, trae los pensamientos de Dios y purifica prácticamente lo que existe, los pensamientos y los corazones. Lo que nace del Espíritu y es espíritu es la nueva naturaleza, la nueva vida

Nicodemo, como hemos dicho, se aferra a la experiencia de lo que sucede en el hombre; Cristo revelaba lo que se cumplía en el lado de Dios, la clave de toda la historia del Señor. Había hablado de lo que era necesario para ver, para discernir el

reino: es necesario nacer de agua y de Espíritu. Es el reino de Dios, sea cual sea su estado, y hay que estar preparado para este reino, tener una naturaleza apta para participar en él. Aquí encontramos 2 cosas, el agua y el Espíritu, una naturaleza así caracterizada, moralmente y en su fuente. El agua, como figura, es siempre la Palabra aplicada por el Espíritu; trae los pensamientos de Dios, celestiales, divinos, pero adaptados al hombre; juzga lo que hay en él, pero introduce esos pensamientos divinos, y así purifica el corazón. Porque el agua purifica lo que existe; pero también es el hombre nuevo el que la bebe, y esto no está separado de lo que es completamente nuevo. «Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es» (v. 6), participa de la naturaleza de aquello de lo que ha nacido; es, en verdad, la nueva naturaleza. La purificación práctica de nuestros pensamientos y corazones, de la que hemos hablado, es en efecto el efecto de lo que esta naturaleza recibe, de las cosas por las que el cuerpo no tiene ningún deseo. No podríamos decir: “Lo que nace del agua es agua”. El agua purifica lo que existe; pero nosotros recibimos una vida nueva, que es realmente Cristo mismo en poder de vida en nosotros, lo que el inocente Adán no tenía. Participamos de la naturaleza divina, como expresa Pedro; y dondequiera que se encuentre esta expresión, en 2 Pedro, está vinculada al nacimiento por el agua; escapamos de la corrupción que hay en el mundo por la codicia.

9 - Se entra en el reino teniendo lo que conviene a Dios, la naturaleza divina

Solo así entramos en el reino. El reino de Dios es más que un paraíso para el hombre, es lo que conviene a Dios, y es necesario que tengamos una naturaleza que responda a ello. Adán, en su estado de inocencia, no tenía eso; su nivel era el hombre, tal como Dios lo había creado. Para el reino de Dios, debemos tener lo que es adecuado para Dios mismo, incluso si es en nosotros los hombres. Observen que el Señor sale del marco de las dispensaciones. Tiene en mente la naturaleza moral: lo que es nacido de la carne, carne es; tiene esta naturaleza; lo que es nacido del Espíritu, espíritu es, es decir, corresponde a la naturaleza divina, que es su fuente. Por lo tanto, no podía tratarse únicamente de los judíos; si alguien tenía esta naturaleza, era apto para entrar en el reino. No se trataba de un pueblo ya elegido por Dios, sino de una naturaleza adecuada para Dios.

10 - La nueva naturaleza está comunicada por el Espíritu, es una obra de Dios en cualquiera

Una vez establecidos estos principios, se ponen de relieve 2 cosas: *en primer lugar*, la necesidad de este nuevo nacimiento para disfrutar de las promesas hechas a los judíos para la tierra; *en segundo lugar*, el hecho de que esta obra era de Dios, quien comunicaba esta nueva naturaleza. Dios podía comunicarla por medio de su Espíritu a quien quisiera, lo que abría la puerta a los gentiles. Jesús le dijo a Nicodemo que no debería haberse sorprendido de que el Salvador dijera que los judíos debían nacer de nuevo; los profetas lo habían anunciado (vean [Ez. 36:24-28](#)), y Nicodemo, como doctor o maestro en Israel, debería haberlo sabido. El viento también sopla donde quiere ([Juan 3:8](#)); lo mismo ocurría con la obra del Espíritu. Es una obra de Dios, que por lo tanto podía realizarse en cualquiera.

11 - Solo el Hijo del hombre descendido del cielo podía hablar de cosas celestiales

Todavía quedaban las cosas celestiales. Ahora bien, si Nicodemo no entendía estas cosas terrenales de la bendición de Israel, ¿cómo iba a entender si el Señor le hablaba de cosas celestiales? Porque nadie había subido al cielo para poder anunciar lo que había allí y lo que era necesario para poder disfrutarlo, sino Aquel que descendió de él, que hablaba de lo que conocía y daba testimonio de lo que había visto; no el Mesías –eso concernía a la tierra– sino el Hijo del hombre, que, en cuanto a su naturaleza divina, estaba en el cielo.

12 - Cristo es el centro de toda la gloria del cielo. Descendido a la tierra, sigue siendo el Hijo del hombre que está en el cielo (3:13)

Por lo tanto, tenemos una revelación de las cosas celestiales traída directamente del cielo por Cristo y en su persona. Él las revela en todo su frescor, frescor que se encontraba en él y del que disfrutaba, él que siempre estaba en el cielo; él las

revelaba en la perfección de su persona, que hizo la gloria del cielo, cuya naturaleza es la atmósfera que todos los que se encuentran en ella respiran y por la cual viven; él es el objeto de los afectos que animan este lugar santo, desde el Padre mismo hasta el último de los ángeles que llenan de alabanzas los atrios del cielo; él es el centro de toda la gloria. Tal es el Hijo del hombre, Aquel que descendió para revelar al Padre –la verdad y la gracia– pero que permaneció divinamente en el cielo en la esencia de su naturaleza divina, en su persona inseparable de la humanidad de la que estaba revestido. La deidad que llenaba esta humanidad era inseparable en su persona de toda la perfección divina, pero nunca dejó de ser hombre, real y verdaderamente hombre ante Dios.